



PROVINCIA DE RIO NEGRO

VERSIÓN TAQUIGRÁFICA

LEGISLATURA

REUNION X - SESION ESPECIAL DE HOMENAJE

3 de julio de 1984

13º PERIODO LEGISLATIVO

PRESIDENCIA DEL VICEPRESIDENTE PRIMERO: D. Guillermo YRIARTE.

SECRETARIOS: D. J. Alberto ABRAMETO y D. Eduardo AIRALDO

NOMINA DE LEGISLADORES

AIRALDO, José Humberto	MATTEI, Juan Jacinto
BARRIGA de FRANZ, Veneranda	NAVARRO, Aníbal Pedro
BAZZE, Selim Miguel	PALMIERI, Enrique Julio
BEZICH, Francisco José	PICCININI, Ana Ida
BOLONCI, Juan	PINEDA, Oscar Ismael
CARRASCO, Jorge Eugenio	REBORA, Tomás Armando
CEJAS, Jorge Alberto	RODRIGO, Esteban Joaquín
CENTENO, Osvaldo Aníbal	ROMERO, Néstor Francisco
De la CANAL, Oscar Edmundo	SOLDAVINI de RUBERTI, Estela M.
DENIZ, Rolando Alberto	YRIARTE, Guillermo
FABIANI, Nazareno Julio	<u>Ausentes con aviso:</u>
FERNANDEZ, Edgardo Arturo	CALDELARI, Adalberto V.
GOMEZ, Roque Ramón	CARASSALE, Carlos Alberto
GONZALEZ, Justino	COLOMBO, Carlos Jorge
ICHAZO, Miguel	COSTAGUTA, Hugo Víctor
LAGUARDIA de LUNA, Silvia C.	LOPEZ ALFONSIN, Jorge Alberto
LASTRA, Hugo Horacio	MORALES, Luis Alfredo
LAURIENTE, Néstor Benigno	SCATENA, Dante Alighieri
MALDONADO, Rodolfo Clemente	

1 - APERTURA DE LA SESION

-En la ciudad de Viedma, capital de la provincia de Río Negro, a los tres días del mes de julio del año mil novecientos ochenta y cuatro, siendo las 16 y 30 horas, dice el

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – Conforme lo dispuesto por esta Legislatura en reunión del día 26 de junio, se va a realizar esta sesión especial de homenaje al doctor Leandro N. Alem, al señor ex presidente, doctor Hipólito Yrigoyen y al señor ex presidente, teniente general Juan D. Perón.

Por secretaría se procederá a tomar lista de los señores legisladores.

-Así se hace.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Con la presencia de veintiséis señores legisladores, se inicia la sesión.

2 - IZAMIENTO DE LA BANDERA

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – Se invita a los señores presidentes de ambos bloques a acompañar al que habla a izar el pabellón nacional y a los demás señores legisladores y público a ponerse de pie.

-Así se hace. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

3 - CUARTO INTERMEDIO

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Fabiani.

SR. FABIANI – Señor presidente: Solicito un pequeño cuarto intermedio para depositar una ofrenda floral debajo de los retratos del general Perón, del doctor Irigoyen y del doctor Alem.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – En consideración de los señores legisladores la propuesta de cuarto intermedio.

Se va a votar. Los señores diputados que estén por la afirmativa, sírvanse indicarlo.

-Resulta afirmativa.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Ha sido aprobada por unanimidad.

Los invito a dirigirse al hall a proceder en consecuencia.

-Así se hace.

-Eran las 16 y 35 horas.

4 - CONTINUA LA SESION

-Siendo las 16 y 50 horas, dice el

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Continúa la sesión.

5 – HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Moción

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – Tiene la palabra el señor diputado Palmieri.

SR. PALMIERI – Señor presidente, señores legisladores: Atento la naturaleza de esta solemne sesión especial, es que en nombre del bloque justicialista, voy a solicitar que se entonen las estrofas del Himno Nacional Argentino.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – En consideración de los señores legisladores la propuesta del señor diputado Palmieri.

Se va a votar. Los señores diputados que estén por la afirmativa, sírvanse indicarlo.

-Resulta afirmativa.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Ha sido aprobada por unanimidad.

Invito a los señores legisladores y público presente a ponerse de pie y entonar las estrofas del Himno Nacional.

-Así se hace. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra la señora diputada Laguardia de Luna.

SRA. LAGUARDIA DE LUNA – Solicito mi incorporación a la sesión, señor presidente.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – Se toma debida nota.

Tiene la palabra la señora diputada Soldavini de Ruberti.

SRA. SOLDAVINI DE RUBERTI - Igualmente, señor presidente, para solicitar mi incorporación.

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – Queda incorporada señora diputada.

6 – HOMENAJES A PERON, YRIGOYEN Y ALEM

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Lastra.

SR. LASTRA – Señor presidente, señores legisladores: Como primera medida quisiera pedir disculpas si en algún momento de este homenaje a alguno de los compañeros o a quien les habla la emoción nos embargara. Pero ello se deberá a que hoy se rinde homenaje a quien para nosotros no sólo fue el conductor, nuestro querido líder, sino que su muerte representó para nosotros la muerte del padre, del amigo, del guía, del docente, por ello pido disculpas –reitero- si en algún momento la emoción nos embarga por lo que sabrán ustedes comprendernos y disculparnos.

Homenaje a Juan Domingo Perón: En principio, digamos que en nuestra Patria siempre se empieza o se termina citando a Perón, figura de especial dimensión política, que reunía en sí tres funciones claves de la conducción: El liderazgo carismático; la capacidad doctrinaria y organizativa y la habilidad de persuadir y concertar a los sectores sociales detrás de una misma promesa de país.

Para nosotros, esa generación de argentinos que en la época de su tercera presidencia rondaba la adolescencia, el general Perón sigue siendo simplemente el “viejo”. El sabio viejo que enseñó con la simpleza de los grandes, las elementales verdades que aún alimentan la empecinada pasión por el destino común: *“La felicidad del pueblo y el destino de la Nación”*. Pero esa generación lo amó y lo odió como todas las generaciones argentinas desde 1945. El viejo tuvo una actitud de docencia y hasta de cariño que a todos los que hoy tenemos alrededor de los 35 años nos dejó marcados.

Recuerdo que el 30 de abril de 1974, un grupo de dirigentes juveniles del peronismo nos reunimos con él en la Quinta de Olivos.

Imbuidos de la soberbia efímera de la lucha política de corto vuelo, ninguno de los presentes –ni los que respondían a la conducción de los Montoneros, ni los que se empeñaban a enfrentarlos- estaba en condiciones de percibir el estado de ánimo del viejo. En ese encuentro, luego de escuchar las quejas de unos y de otros, tomó él la palabra y comenzó a hablar lentamente y con cariño de la *“formación de los hombres” del “valor de la juventud como reserva moral de cualquier proceso revolucionario” y “del valor del carácter”* y por sobre todas las cosas del *“valor de la ética”*.

Parecía un personaje de Plutarco. Con la mirada perdida en un horizonte lejano que nadie veía, terminó diciendo a más de una veintena de dirigentes peronistas que hacían del sectarismo y de la defensa de la propia organización un culto: *“Busquen su propia verdad, muchachos. No acepten las verdades de los otros hombres y mucho menos acepten como propias las verdades de las organizaciones. Eso suele ser muy peligroso. Fórmense, estudien, capacítense, aprendan de los grandes ejemplos de los grandes hombres y estén dispuestos a tomar cuando la historia lo indique las banderas de la revolución. Mientras tanto no acepten ser instrumento de la ambición de nadie”*.

Nos fuimos de esa reunión, con la certeza de que el viejo había hablado casi desde el más allá. Desde el exacto sitio al que arriban los hombres cuando dejaron atrás sus pasiones y solamente combaten por la permanencia de ciertas verdades inmutables. Tuvimos la sensación de que se había despedido y que nos había dejado un legado.

Ese es *"mi Perón"*, el que más lloré aquel primero de julio de hace diez años, cuando la muerte de un hombre paralizó a toda la sociedad argentina, tanto a los que lo amábamos como a quienes lo odiaban.

Un Perón que sorprendía a aquellos adolescentes que éramos a principios de los años setenta con sus mensajes, como aquella vez, cuando en medio del culto a la organización guerrillera y a la violencia que ya se estaba generalizando en nuestra estudiantina como la antesala irresponsable del drama que vendría luego, se largó con una autodefinición que nos dejó sin respuesta. *"Yo soy un general pacífico –dijo- como un león herbívoro. No quiero la guerra, quiero la paz"*. O como en aquella otra oportunidad, cuando explicó que entre el tiempo y la sangre, él elegía el tiempo, como método de llevar adelante la revolución que él soñaba para su Argentina. Ese general Perón de los soquetes blancos, de los pantalones con tiro larguísimo, es el que nos queda a los últimos argentinos que lo conocimos con la vida. El cálido recuerdo de sus enseñanzas, sus pícaras guiñadas –unos días después de su muerte alguien escribió en la revista *"Satiricón"* que *"el viejo guiñaba un ojo y el país dormía tranquilo dos días"*- y antes que nada su integridad para enseñarnos que por sobre todas las cosas la acción política debe ser tara docente donde el valor supremo es la verdad, es algo de lo máspreciado que guardamos de él. Y además su sonrisa, su capacidad para entender y para enseñarnos que de nada vale desesperar por transformar la realidad y que más vale entenderla y nadar a favor de las olas de la historia que pretender la marejada.

Todo eso y tal vez mucho más, es el general Perón de mi generación, de esos últimos argentinos que convivieron con él y que pudieron percibirlo. El de todos. El que nos acompañó en nuestra historia. El que pueda favorecer, de algún modo en las generaciones de argentinos que no lo conocieron.

Diez años son muy pocos para responder a esos interrogantes, pero son suficientes como para entender que la energía desatada por Perón en la historia nacional sigue en ebullición y aún no ha encontrado cauces para aunarse y expresarse como una sola fuerza.

Puede decirse que la Argentina todavía está de duelo por la muerte de Perón, y que la viudez de Isabel y su prolongado e injusto encarcelamiento, dan un primer rasgo funerario a la escena.

Por otra parte, ninguna personalidad dirigente, civil o militar, ha podido sobrevivir a Perón que culminó toda una época histórica. Estamos sumidos, pues, en una profunda acefalía nacional, que no se sabe cuánto durará. La estatua nacional de este líder singular, todavía inconclusa por el ardor de las pasiones encontradas que siempre conjura un gran innovador, proyecta una larga sombra en la que debemos movernos inciertamente los argentinos.

Tal vez en eso resida el drama íntimo de la Nación Argentina, porque precisamente el último servicio que el general Perón quiso rendir al país fue de aunar a todos los argentinos, detrás de las banderas de la necesaria independencia nacional.

Diez años después de la muerte del hombre público más importante del siglo para el país de los argentinos, el desafío de la liberación nacional sigue planteado. Muchas gracias. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Pineda.

SR. PINEDA – Señor presidente, señores legisladores: Quiero rendirle homenaje a un luchador incansable del sistema democrático y uno de los líderes de la Unión Cívica Radical, a un hombre cargado con un alto estigma familiar, me refiero a don Hipólito Yrigoyen.

Este argentino que tantos admiradores y enemigos disienten sobre cada uno de los méritos o de los defectos que le atribuyen tenía una cualidad esencial que era su argentinidad. El solo hecho de haber arrastrado a multitudes gigantescas y de haber llegado a la segunda presidencia por una cantidad de votos estrictamente fabulosa, prueba que Yrigoyen respondía a algo muy real y profundo, a anhelos y sentimientos de las masas. Yrigoyen no debió casi nada a Europa. Fue un producto típico de nuestra tierra, un resultado que sólo puede darse entre nosotros.

El 1º de julio de 1986 muere otro de los grandes de la nacionalidad, don Leandro Alem, hasta entonces presidente de la Unión Cívica Radical, que había seguido en Yrigoyen: le sucede en la Jefatura del Partido, Bernardo de Yrigoyen, pero frente a él, en su reducto de la provincia de Buenos Aires se encuentra ya don Hipólito Yrigoyen.

Cercanas ya las elecciones presidenciales de 1898, el mitrismo ofrece al radicalismo formar una alianza contra Roca. La política de las paralelas es aceptada por el Comité Nacional; el Comité de la provincia de Buenos Aires la rechaza, se disuelve y la hace fracasar. Hipólito Yrigoyen sigue con la conducta intransigente frente al "régimen". El general Roca será nuevamente presidente de la Nación, con el pueblo excluido de los comicios, Bernardo de Yrigoyen será gobernador de Buenos Aires, pero el radicalismo intransigente continúa con su tarea, continúa con la abstención electoral, frente a las elecciones fraudulentas.

Centenario de mayo, asume Sáenz Peña. Ha conferenciado con Yrigoyen, le ha pedido apoyo para su gestión de gobierno. El jefe radical reiteró su pedido: voto universal, secreto, obligatorio. Utilización del padrón militar, lista incompleta (dos tercios a la mayoría y un tercio a la minoría) y la intervención de todas las provincias para elegir democráticamente a sus autoridades.

Se sanciona la ley electoral ya conocida como ley Sáenz Peña; la Unión Cívica Radical levanta la abstención y el 12 de abril de 1916 triunfa en la elección presidencial y el 12 de octubre asume Hipólito Yrigoyen, el primer presidente elegido por el pueblo.

Ya es gobierno el radicalismo, o mejor dicho, tiene a su cargo el Poder Ejecutivo. El Congreso y las provincias, están en manos del régimen, resabio y fruto del fraude. El Poder Judicial y la prensa también le son hostiles; sin embargo, Yrigoyen confía en el tiempo, en que poco a poco las elecciones limpias modifiquen la escena. Algunos de sus íntimos le piden un golpe de estado desde el poder, se niega; es que él había llegado con una bandera como programa: la Constitución nacional. Lo cierto es que el país advierte un nuevo clima y hasta el embajador inglés se sorprende, cuando es anoticiado por Yrigoyen que los ministros serán nombrados sin consulta previa con Londres. Pero los regimentados falaces y descreídos se atrincheran en el Congreso nacional, donde el radicalismo, en diputados, está en minoría y en el Senado casi ausente.

La intervención federal es una de las políticas que adopta Yrigoyen para garantizar la democracia, restableciendo el principio de las autonomías provinciales. Antes de intervenir la provincia de Buenos Aires, bastión del fraude y la violencia de Marcelino Ugarte, le informa a dicho gobernante la filosofía o línea directriz motivadora de su política de intervención. Una frase lo define: "*Las autonomías provinciales, señor gobernador, son de los pueblos y para los pueblos y no para los gobiernos*".

Ante la guerra, que seguía caminando por las tierras europeas, Yrigoyen mantiene la neutralidad pese a las múltiples presiones de los sectores aliadófilos. También expresa su política continental con la convocatoria al Congreso de países iberoamericanos, que no da los frutos deseados por la oposición norteamericana. El embajador de Estados Unidos le había adelantado: *“El proyecto es muy bueno, pero tendremos que combatirlo porque no le conviene a los Estados Unidos”*.

Cuando el crucero *“9 de Julio”* pasa por la República Dominicana, ocupada por tropas norteamericanas, el capitán advierte el estandarte extranjero y pide instrucciones a Yrigoyen para la ceremonia del saludo: *“Id y saludad al pabellón dominicano”*, es la respuesta.

Durante su gobierno se crea Yacimientos Petrolíferos Fiscales, se dicta el Código Penal, otórgase la jubilación al personal ferroviario y a los trabajadores de empresas particulares de servicios públicos, dictase el régimen de arrendamiento agrícola, la ley del hogar, la de trabajo a domicilio, se crea la Universidad del Litoral. Se acompaña la reforma universitaria –recibe a los estudiantes y los insta a continuar la lucha-. Comienza los estudios del aprovechamiento hidroeléctrico de las Cataratas del Iguazú, la construcción de Huaytiquina -ferrocarril de Santa a Chile- tendiente a romper la estructura económica centralista.

El 12 de octubre de 1928 marca el comienzo del segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen. Una de las grandes banderas de la campaña electoral fue el problema del petróleo. Yrigoyen había creado Y.P.F. en su primer gobierno, luego Alvear puso al frente del mismo al general Enrique Mosconi. En 1927 se había logrado la sanción en la Cámara de Diputados de parte de su tesis; nacionalización de las minas de petróleo y explotación de las misma directa y exclusivamente por el Estado nacional.

En esa oportunidad debió sacrificar parte de su doctrina sobre el tema -la expropiación de los yacimientos- para lograr apoyo legislativo en la ley petrolera; ahora insiste en su postura totalizadora y logra sancionarla en diputados. Pero se necesita el voto del senado; éste recién al finalizar las sesiones de 1929 nombraba una comisión, una forma de darle vía muerta al tema. Yrigoyen prorroga las sesiones del Congreso y reclama al Senado la ley petrolera, ampliando su concepto; monopolio de exploración, explotación y comercialización a cargo del Estado. Pero el Senado en manos del régimen estaba en otra cosa. Sin embargo, logra la sanción de leyes de jornada legal de trabajo, del censo ganadero nacional y la nueva ley de jubilaciones y pensiones para bancarios, reimplanta la reforma universitaria en áreas en que ésta se encontraba desdibujada, reduce tarifas de tranvías, prohíbe la exportación del hierro, equipara los sueldos del magisterio del país, tomando como base a los maestros porteños, se opone a la liquidación de tierras fiscales en Santiago del Estero ante el peligro del acaparamiento y el latifundio, defiende las fuentes hidroeléctricas de Córdoba amenazadas por una concesión a un sindicato norteamericano, crea el Instituto del Petróleo, donde los ingenieros se pueden especializar en la materia, impulsa los estudios del Santo Grande del río Uruguay para el aprovechamiento energético. Pero allí están en las calles o en el Congreso, las derechas y las izquierdas unidas y solidarias en busca del golpe de estado y finalmente llegó el 6 de setiembre de 1930; es derrocado Hipólito Yrigoyen, cayó la República. El norteamericano Waldo Frank afirmó que el derrocamiento de Yrigoyen tenía olor a petróleo, describiendo el acontecimiento de este modo: *“Las tropas desfilan. Los aviones giran sobre la ciudad; la prensa moviliza la crítica y los ricos terratenientes sacan de sus bodegas el champagne de las mejores vendimias para bebérselo con el menú de los petroleros americanos”*.

Finalmente, el 3 de julio de 1932 muere; frente a la casa asisten a la agonía del padre del pueblo, una apretada multitud, a pesar del frío y de la lluvia; a las siete y veinte minutos de la tarde se abren los balcones, la multitud comprende; y entonces, tres o cuatro hombres aparecen en el largo balcón, y uno de ellos, en medio del silencio, invita a la multitud a descubrirse y dice: *“En este momento acaba de morir el defensor más grande que haya tenido la democracia en América”*. Y agrega: *“Pero no ha muerto. ¡Vive ciudadano! ¡Vivirá siempre! ¡Viva el doctor Hipólito Yrigoyen!”* La muchedumbre contesta con un ¡Viva! unánime y, en una espontánea y formidable afirmación de Patria, entonan el Himno Nacional: *“Oíd mortales el grito sagrado, libertad, libertad, libertad...”*

Señor presidente, señores legisladores: Hipólito Yrigoyen ha salido de la historia para entrar en la leyenda; desde el día de su muerte comienza a ser una figura casi mística. No dudo que el pueblo le da un gran lugar en su corazón, el lugar que no ha dado a ninguno de los hombres de este siglo; para nosotros los radicales, será un símbolo y un lema. Lo convertirán en un ser divino, místico, pero como los malos cristianos, que somos la mayoría, respecto de Cristo, vivirán traicionándolo, acercándose a hombres y a ideas que él execraba. Ya han comenzado a traicionarle...los conservadores, las clases distinguidas, lo mirarán con menos odio, y los jóvenes tendrán recuerdos simpáticos. Los nacionalistas, los que todavía, errónea e impolíticamente, evocan la revolución de setiembre y su jefe desaparecido, le verán, durante algunos años, como a un enemigo, pero otros nacionalistas comprenderán que si alguien hizo obra esencialmente nacionalista fue Hipólito Yrigoyen. Y de cualquier modo, se cumplan o no estos vaticinios, su nombre será una bandera para todos los que deseamos menos diferencias entre las clases, para los que creemos que el espíritu debe primar sobre los valores materiales y para los que soñamos con ver a la Patria libre de las garras extrañas que la han privado de su independencia económica y mora. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra la señora diputada Barriga de Franz.

SRA. BARRIGA DE FRANZ – Señor presidente, señores legisladores: Esta sesión resulta muy emotiva y es difícil contener las lágrimas, porque hoy estamos rindiendo homenaje a tres grandes argentinos, tres compatriotas que hasta el último momento de su muerte no hicieron más que pensar en la Patria, y eso significa que los argentinos, por sobre todas las cosas, por sobre todos los inconvenientes o debates que podamos tener acá, en el fondo estamos unidos.

Teniente general Juan Domingo Perón: Evoco su nombre al rendir tributo de homenaje a su querida memoria al cumplirse el décimo aniversario de su desaparición física. Su lucha por la causa del pueblo se inició en la Secretaría de Trabajo y Previsión cuando era coronel del ejército. El 27 de noviembre de 1943, fecha histórica, fecha en la que se inicia la emancipación de los trabajadores. Allí, el que sería el creador de la doctrina justicialista comprendió que la riqueza más grande del pueblo son los brazos de sus obreros y sus derechos de ser defendidos y respetados por leyes y así creó los derechos de los trabajadores, el estatuto del peón rural, el derecho al justo salario, a condiciones dignas, a la seguridad social, protección a la familia y el derecho a su propia defensa, ya que la riqueza del capital es el fruto del trabajo humano. Decir que transcurrieron más de cien años hasta el advenimiento de Perón es retrotraerse a una larga centuria de luchas, esperanzas y fracasos en que la nacionalidad se debatió en la búsqueda de su destino, conciencia, organización y personalidad social. Todo esto encontró el pueblo en Perón, quien llamó al pueblo que estaba huérfano de protección y dijo: ¡Esta es tu bandera! Y el pueblo lo aceptó.

La oligarquía jamás perdonó a Perón la humanización del capital al sancionar las leyes que por derecho propio le correspondía a los trabajadores y tampoco aceptó la justicia social al pueblo humilde de la Patria y trabajó junto a la oligarquía internacional, porque ya no se sentían cómodas las damas de la alta sociedad al estilo internacional o para ser más clara, al estilo inglés. Las clases dominantes y poderosas estaban ensoberbecidas en un cuadro de marcada decadencia. Las llamadas fuerzas vivas de la nación, la Sociedad Rural Argentina, la bolsa de comercio, el Jockey Club, etcétera, que más bien llamada Fuerza de los vivos.

Hoy, 1984, con distintos nombres unidos al Fondo Monetario Internacional, la Patria financiera, el Club de París, y muchos otros diabólicos intereses, son los que tratan de sumergirnos con la complicidad de los imperialismos que con su agresividad pretenden destruir a todo gobierno de filosofía popular.

En el año 1932 se invitó al director del Banco de Inglaterra, sir Otto Niemeyer, a venir al país para dar su valiosa opinión sobre nuestra política financiera para un proyecto de recomendación del oro del comité financiero de la Liga de las Naciones.

Como vemos, señor presidente y señores legisladores, la historia se repite. Mientras el presidente de la Nación, doctor Raúl Alfonsín, se encontraba en Galicia, visitando la tierra de sus abuelos, vinieron al país los integrantes del Fondo Monetario Internacional, junto con el Club de París, a interiorizarse del estado financiero de nuestra Patria.

Dijo el general Perón: *“En mi proyecto político tuve muy presente a la mujer, quería hacerla participar más en la vida política del país, hasta llevarla a un plano de igualdad de condiciones con los hombres y concederle todos los derechos cívicos que no tenía”*. El derecho político en este aspecto obligaría a una exposición muy extensa, basta decir que nuestra historia está llena de actos de heroísmo y de nobleza, de generosidad y de sacrificio, que comprometen la gratitud eterna de generaciones, desde los heroicos tiempos de la independencia, ha estado luchando en primera línea por la forjación de la nacionalidad.

No obstante todo este aporte que se hizo, de heroísmo y de sacrificio, la mujer argentina no había alcanzado en nuestra legislación, el lugar que alcanzara ya en otros países de alto nivel cultural.

El hecho de que la mujer no votara en nuestro país, implicaba un contraste, tanto más irritante, si se tiene en cuenta que el desarrollo de la vida moderna la llevó a compartir con el hombre, todas las actividades que traen aparejadas las nuevas formas de convivencia. La mujer puebla las fábricas, las oficinas públicas, las universidades, ejerce oficios técnicos, desempeña profesiones liberales y está presente en todas las manifestaciones de la actividad económico-social.

Con estas reivindicaciones realizadas por el general Perón, se hizo justicia con la mujer argentina.

¡Don Juan Domingo Perón: Nombre de bronce tu nombre, que con mucha fe pronunciamos, alcanza, basta y sobra para ganar victorias.

Nombre de bronce tu nombre, que un 17 de octubre se hizo grito, en un grito de todas las gargantas.

Bandera en el viento, llamas que se hicieron llamaradas, y más tarde fue la espada derrotando la injusticia.

Salve mi general, al frente, siempre al frente de tu inmensa, sudorosa y heroica tropa de descamisados!. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra).

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra la señora diputada Laguardia de Luna.

SRA. LAGUARDIA DE LUNA – Señor presidente: El 1º de julio es un día particularmente trágico para la Argentina, los dos partidos mayoritarios pierden casualmente un 1º de julio a su fundador.

En el siglo pasado, cuando nuestro país se estaba organizando aún, fue a Leandro Alem a quien acudió la juventud buscando su dirección para combatir las consecuencias del régimen funesto... y no se engañó la juventud; su designación atrajo a todos los elementos sanos del país, que vieron siempre en su figura política la promesa constante de una acción benéfica y patriótica.

Ya en 1872 Alem había sido elegido diputado para la Legislatura de la provincia de Buenos Aires. Pese a ser militante político, Alem afirmó: *“Yo soy un legislador que viene a hacer el bien, tal como lo permite la justicia. No soy un partidario que viene aquí con la divisa puesta del interés o de la pasión”*.

El 1º de julio de 1896 una noticia conmueve a la ciudad de Buenos Aires. Leandro Alem se ha quitado la vida, dentro de un cupe, en el trayecto de su casa al Club del Progreso.

Cuando el presidente de dicho club revisa los bolsillos del suicida, encuentra una nota que dice: *“Perdónenme, pero he querido que mi cadáver caiga en manos amigas y no en manos extrañas”*.

Los problemas políticos del país han tenido que ver con su resolución. Muerto Aristóbulo del Valle en enero de ese año, la vuelta de Roca a la presidencia será un hecho.

En su manifiesto la Unión Cívica Radical declara que no espera nada del fraude ni de la violencia, pero sí de la inteligencia y educación popular.

Momentos antes de su muerte, Leandro Alem escribió un testamento político y lo dejó bajo sobre, con un rótulo que decía: *“Para publicar: -he aquí su contenido- He terminado mi carrera, he concluido misión... para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir. ¡Sí! que se rompa pero que no se doble”*.

He luchado de una manera indecible en estos últimos tiempos, pero mis fuerzas –tal vez gastadas ya- han sido incapaces para detener la montaña... ¡y la montaña me aplastó!”

He dado todo lo que podía dar; todo lo que humanamente se puede exigir a un hombre, y al fin mis fuerzas se han agotado.. ¡y para vivir inútil, estéril y deprimido, es preferible morir!

Entrego decorosa y dignamente lo que me queda, mi última sangre, el resto de mi vida.

Los sentimientos que me han impulsado, las ideas que han alumbrado mi alma, los móviles, las causas, y los propósitos de mi acción y de mi lucha -en general- en mi vida, son, creo, perfectamente conocidos. Si me engaño a este respecto será una desgracia que yo no podré ya sentir ni remediar.

Ahí está mi labor y mi acción desde largos años, desde muy joven, desde muy niño, luchando siempre de abajo. No es el orgullo que me dicta estas palabras ni es debilidad en estos momentos lo que me hace tomar esta resolución. Es un convencimiento profundo que se ha apoderado de mi alma en el sentido que lo enuncio en los primeros párrafos, después de haberlo pensado, meditado y reflexionado mucho, en un solemne recogimiento.

Entrego, pues, mi labor y mi memoria al juicio del pueblo por cuya noble causa he luchado constantemente.

En estos momentos, el partido popular se prepara para entrar nuevamente en acción, en bien de la Patria.

Esta es mi idea, éste es mi sentimiento, ésta es mi convicción arraigada, sin ofender a nadie; yo mismo he dado el primer impulso, y sin embargo, no puedo continuar. Mis dolencias son gravísimas, necesariamente mortales.

¡Adelante los que quedan!

¡Ah! Cuánto bien hubiera podido hacer este partido si no hubiesen promediado ciertas causas y ciertos factores... ¡No importa! Todavía puede hacerse mucho. Pertenece principalmente a las nuevas generaciones. Ellas le dieron origen y ellas sabrán consumir la obra. ¡Deben consumirla!"

Nosotros, las nuevas generaciones, de aquellas generaciones a las que se refería Alem, seguimos en la misma lucha enarbolando la misma bandera y el mismo programa de principios como enseña de redención nacional.

Alem pide en su testamento consumir la obra sin claudicaciones, nosotros nos comprometimos a hacerlo pero si no lo logramos, exhortamos a los más jóvenes con el mismo grito de Leandro Alem: "*¡Adelante los que quedan!*". Nada más. (Aplausos prolongados).

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Romero.

SR. ROMERO - Señor presidente, señores legisladores: Recordar hoy aquí la memoria de Juan Domingo Perón, a diez años de su desaparición física, tiene y alcanza un significado muy especial que enaltece su obra en los difíciles momentos que nuestra Patria atraviesa.

Recordar al general Perón es recordar el hito que cambió el rumbo de la historia argentina, que dio lugar al nacimiento de nuestra Patria de un concepto nuevo que tuvo como protagonista al pueblo y que se llamó justicia social.

Es necesario tener presente hoy más que nunca algunos de esos conceptos nuevos por los cuales miles y miles de trabajadores conocieron la reivindicación social a partir de la lucha gestada y organizada por el entonces coronel Perón.

Es entonces a partir del Movimiento Nacional Justicialista, como brazo político ejecutor, que se elabora una doctrina humanista y cristiana basada en tres fundamentos: Justicia social, independencia económica y soberanía política.

Es recordar también las grandes obras como el Plan Quinquenal que incluía importantes realizaciones en materia de infraestructura, en el crecimiento de la industria nacional, en el desarrollo de la Salud Pública, en barrios de viviendas para los obreros que nunca antes habían tenido la posibilidad de acceder a su casa propia.

Es recordar la Constitución de 1949 en la que se insertan los derechos del trabajador, que establecía el derecho al trabajo, a una retribución justa, a la capacitación, a condiciones dignas de trabajo, la preservación de la salud, al bienestar, a la seguridad social, a la protección de la familia, al mejoramiento económico y a la defensa de los intereses profesionales. También los derechos de la ancianidad y los derechos de la educación y la cultura.

Es recordar el artículo 40 de la misma donde la organización de la riqueza y su explotación tiene por fin el bienestar del pueblo dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social.

Es a partir de la concepción ideológica doctrinaria que se produce claramente un cambio en la economía que rompió las cadenas de los imperialismos capitalistas y de los capitalismo internacionales para incorporar la República al mundo de los pueblos. La realización de la economía social, que significó quebrar el imperio egoísta del capitalismo y suprimir la explotación del hombre, levantando la dignidad justicialista del trabajo y del trabajador y es por ello que Perón decía: "*La causa final del Justicialismo en sus aspectos económicos, es la justa distribución de la riqueza entre los hombres*".

Recordar hoy a Perón es también tener presente su lucha por las organizaciones gremiales de los trabajadores, esas que a pesar de los intentos de destrucción y divisionismo que muchos gobiernos alentaron, jamás lograron romper y ello tal vez sea porque sus raíces son tan profundas como el sentimiento que vive en los corazones de los trabajadores, que más allá de los distintos avatares que conspiran los intereses personales, no es posible variar.

Es también, señor presidente, tener presente su obra póstuma "*El Modelo Argentino*", donde se muestra la Argentina que Perón quería y donde más habla de una comunidad organizada, de la sociedad, del hombre y la familia, de la cultura y de la democracia social, de la formación y distribución del ingreso, de los trabajadores y sus organizaciones, etcétera.

Esta recordación nos mueve a un necesario llamado a la unidad de la que el general dio muestras cuando se confundió en un abrazo con Ricardo Balbín, y dijo: *“Con Balbín voy a cualquier parte”*. Unidad de la que también dieron muestras nuestros actuales dirigentes, como lo hizo la compañera Isabel en su encuentro con el doctos Alfonsín; recordación que nos mueve también a comprender que cuando Perón dijo: *“Mi único heredero es el Pueblo”*, quiso decir que será el Pueblo el que decidirá su destino, sin arriar las banderas redentoras de la justicia social.

Señor presidente: También nuestra bancada quiere adherir al homenaje a Leandro N. Alem, de acuerdo a las manifestaciones de los legisladores preopinantes.

Leandro N. Alem, hombre público que se proyectó con su personalidad y su genio político a través de una acción incansable al servicio de sus ideales. La Capital Federal lo vio nacer el 11 de marzo de 1842, su biografía nos relata una penosa y doliente juventud, en la cual cimienta sus contextos culturales, pero es a fines del siglo XIX donde comienza a proyectarse como hombre público, templado su espíritu y su hombría en la guerra fratricida de 1870, a la que sin embargo, como hombre nacional, concurrió a las órdenes del general Hornos, recibiendo su bautismo de fuego con la metralla y las lanzas en la batalla de Curupaytí.

Alem cumplió varias etapas de su vida en la que podemos señalar sus servicios en la diplomacia argentina, que lo llevaron a Río de Janeiro y Asunción del Paraguay, a representar a nuestro país. En 1872, hora difícil para la Patria que se debatía en incongruentes luchas sectoriales, Alem fue diputado provincial por el Alsinismo, revelando un espíritu tempestuoso y fogoso, en la defensa de su ideal. La prensa dijo de él, por su acendrada defensa del federalismo, lo siguiente: *“Representa la independencia de los municipios, la descentralización administrativa, la reforma del Poder Judicial, la libertad de estudio, el ideal del progreso”*. Su salud precaria que lo acompañó toda su vida, no fue óbice para que Alem llevara esa fogosidad como signo permanente de su personalidad y el Congreso Nacional, que lo recibió como senador en 1891, conoció de su temperamento y erudición, que lo distinguió fundamentalmente por su acendrada oposición al centralismo porteño. Inspirador de la Unión Cívica de la Juventud, fundada el 1º de setiembre de 1889, piedra angular de la Unión Cívica, luego Unión Cívica Nacionalista y posteriormente Unión Cívica Radical, Alem acaudilló el pensamiento de esas circunstancias aglutinando en la incipiente entidad radical, a las diversas tendencias de esa época, caracterizada por el pensamiento de nacionalistas y católicos.

Quizá para destacar su personalidad, bastaría con recordar una frases del caudillo de la batalla del parque: *“...elevarse su espíritu en alas de uno de esos sentimientos que desprendiéndonos de la mezquina materialidad del mundo nos conducen a otras esferas más elevadas... Es entonces que comprendemos y aplicamos la justicia, que apreciamos los actos de la vida en su verdadero valor... Pero desgraciadamente esta fuerza de sentimientos se encuentra muy raras veces en el estado actual de nuestra sociedad que materializada, si se puede decir y deslizándose tan sólo por la corriente del más estrecho y enervado mercantilismo, todo lo ve a través del tanto por ciento, juzgando las acciones más hermosas de la humanidad... Se trata de elevar un pueblo a la alta dignidad del hombre libre, de consagrarle sus más importantes derechos, combatiendo legalmente por la práctica de sus instituciones, que formuladas en un código, son sin embargo desconocidas y holladas por los malos mandatarios y convertidas en una farsa”*.

Estas frases revelan una posición idealista, antítesis del materialismo que se entronizó en nuestro país en la década del 80.

Señor presidente: Con esta síntesis quiero rendirle homenaje a estos hombres que tan importante lugar en la historia argentina bien ganado tienen y que son Leandro N. Alem, Juan Domingo Perón e Hipólito Yrigoyen. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Airaldo.

SR. AIRALDO – Quiero rendir homenaje a don Hipólito Yrigoyen.

¡Que ensanchen las calles que sale el pueblo! Dijo Belisario Roldán, precisamente un 3 de julio de 1933, y la fórmula mágica pareció multiplicarse de boca en boca. Y el pueblo ganó la calle pese a las inclemencias del tiempo, a la dictadura conservadora, al gobierno corrupto de la década infame, presencié enmudecido y absorto cómo Hipólito Yrigoyen, en hombros de una marea humana entraba en la inmortalidad.

Jamás en la historia se vio una manifestación tan grande en Buenos Aires, sin tener en cuenta que la dictadura había acallado a los dirigentes del partido del ilustre difunto.

Diecisiete años atrás, en hombros del pueblo, había entrado en la Casa Rosada, decía el diario La Prensa: *“La chusma desenganchó los caballos del carruaje presidencial y a pulso entraron en la Casa Rosada. Vemos ahora que sobre las finas alfombras de la Casa de Gobierno, las sucias alpargatas han reemplazado al fino escaipín”*. Y era cierto, el doctor Hipólito Yrigoyen había luchado hasta la muerte por consagrar los derechos cívicos del todo el pueblo.

El golpe reaccionario del 6 de setiembre de 1930 había minado su debilitada salud y los azarosos días que lo sucedieron, con las prisiones en barcos de guerra y luego en la isla Martín García, fueron llevando, poco a poco, al glorioso caudillo a la tumba.

Y remarco el golpe militar setembrino, porque allí comienzan todos los males constitucionales argentinos. Las logias militares siguen de una manera u otra, teniendo los resortes del poder, desde que el general Justo se organiza como ministro del presidente Alvear.

Y así, hace pocos días también se cumplió el aniversario de uno de los golpes más inexplicables de la historia, el del 28 de junio de 1966, donde el gobierno constitucional del doctor Arturo Illia es derrocado. Fue uno de los gobiernos más respetuosos de la libertad y de los derechos, y sin embargo el imperialismo no podía soportar los grandes cambios que silenciosamente desarrollaba y uniéndose a los cipayos de adentro, dan por tierra con el sistema democrático, pretendiendo imponer al pueblo un nuevo Uriburu, el general Onganía.

Señores legisladores: El mejor homenaje que podemos rendir a Alem, Yrigoyen, Perón e Illia, es que todos juntos, quienes representamos más del noventa por ciento del pueblo de la República, nos conjuremos para que nunca nadie más vaya a golpear la puerta de los cuarteles, y si un grupo militar pretende derrocar al gobierno constitucional, tornemos nuevamente en realidad la frase de Belisario Roldán: ¡Que ensanchen las calles que sale el pueblo! (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Gómez.

SR. GOMEZ – Señor presidente, señores legisladores: Recordar a Juan Domingo Perón, Hipólito Yrigoyen y Leandro Alem, esos prohombres de la historia, nos llena de tristeza, de congoja. Prohombres de la argentinidad de ayer, de hoy y de siempre.

Desde los albores de la civilización hubo hombres que han luchado por su pueblo, que le han brindado y dado todo de sí mismos para su bienestar, aunque las calidades de éstos fueran distintas a los pueblos de hoy; porque no es lo mismo el pueblo de la República Helénica de hoy al de aquél entonces, ya que el hombre era similar a un animal doméstico. Hoy al que llamamos pueblo es distinto.

Tampoco es igual al pueblo que el 25 de mayo de 1810, ese grupo de entusiastas argentinos que, frente al cabildo, pedía a gritos “*el pueblo quiere saber de qué se trata*”. No es lo mismo el pueblo aquél que salió el 17 de octubre de 1945 a la calle pidiendo justicia, pidiendo solidaridad, pidiendo un poco más de alimento para poder subsistir. Ni es más uno, ni es más el otro. Cada uno ha ocupado un lugar en la historia del país.

Después de aquella gesta de 1810, comienzan las luchas intestinas en el país; en plena lucha entre unitarios y federales nace un hombre en 1842, don Leandro N. Alem, quien daría un giro a todas estas luchas políticas y a todos los ideales que el pueblo venía sustentando. Fogoso, tribuno, gran orador, encendido legislador, enemigo constante de Juárez Celman, que prácticamente era la representación de lo que hoy se conoce como la multinacional, contra quien forjó y levantó al pueblo en una revolución que, a pesar de su fracaso, obligó a ese presidente a renunciar.

Luego de la caída de Juárez Celman, don Leandro Alem, juntamente con Hipólito Yrigoyen funda la Unión Cívica. Trágicamente desaparece este fogoso tribuno, pero toma las banderas don Hipólito Yrigoyen, que ha de llevarlas adelante representando al pueblo, quien es elegido por haber luchado, por haber defendido la causa del sufragio universal en elecciones puras y limpias en 1916.

Días aciagos le tocan en su gobierno, dado que se desata la primera guerra mundial en 1914 y en plena guerra es elegido presidente y tiene que conducir al país en esas difíciles condiciones.

Hace todo lo posible para que su pueblo viva un poco más feliz y para que cambie la orientación de la República. Termina su mandato sin poder llegar a concretar sus anhelos, pero es reelecto en 1928, entonces, con toda su virilidad, con todo su valor, se dedica a encabezar las luchas populares. Aquellos que durante todos los tiempos estuvieron enfrentados a la elevación social y cultural de los pueblos, vuelven a aparecer nuevamente en 1930. Derrocan a ese hombre que era una luz de esperanza para el pueblo argentino.

En 1943 vuelve a aparecer en el escenario de la política argentina un hombre nuevo, que ha de llevar las banderas de la causa de la justicia social, el general Juan Domingo Perón. Comienza su lucha, comienza a impartir sus ideas.

Comienza a llevar sus ideales a todos los rincones de la Patria y a decirle al pueblo cuál es su causa, qué es lo que se persigue y qué es lo que busca, y todo a beneficio del pueblo y de esa causa, que aún hoy los marginados abrazan como si abrazaran a su propio general Perón.

Le queda estrecho el margen de la República para esos ideales, para esa causa, su pensamiento trasciende la frontera de la Patria.

En 1950, inspirado por la causa del general Perón, en un pueblo de la lejana Africa, un abogado, el doctor Nazaret, hizo tambalear los cimientos del Imperio Persa, pero no pudo aguantar más de tres años; los mismos que nos presionan y nos vencen en las Malvinas, vencen ya entonces también, a los luchadores de los pueblos.

Perón, hombre reconocido como maestro del tercermundismo, fue uno de los más grandes hombres que han abrazado esta causa, como así también el mariscal Tito, Gandhi, Nehrú, el presidente Nasser y otros más. Como decía, el queda estrecho el margen de la República, para sus ideales que aún hoy siguen tomando sus banderas muchos pueblos de la urbe.

El general Perón no ha de morir nunca en el alma de su pueblo, como no morirá nunca tampoco Alem ni el doctor Hipólito Yrigoyen, quienes han ofrendado su vida y han dado todo de sí para poder ver un pueblo feliz y una Patria grande. Nos han legado a nosotros esa responsabilidad y nosotros, todo el pueblo argentino, salvando y defendiendo esa democracia que hemos conseguido con sangre, con sudor y con lágrimas, vamos a tener la oportunidad siempre de llegar a ver cristalizado el sueño de aquellos grandes hombres de la argentinidad.

Ellos han dado su vida, como decía, en aras de ver el pueblo un poco mejor de lo que ellos lo encontraron. Lo que buscaron, no es que un sector social se impusiera sobre otro sector social, lo que buscamos nosotros ahora, inspirados por ellos, es también que haya un mejor equilibrio entre los distintos estratos sociales que componen la sociedad argentina, que haya menos pobres y menos ricos, como decía el general Perón.

En estos momentos estamos viendo que los avatares de la inclemencia del tiempo nos están demostrando qué diferencia hay entre los que tienen poco, o que no tienen nada, y los que tienen mucho. Cuando la naturaleza nos golpea, nos damos cuenta cuánto sufren los que tienen poco y cuánto gozan los que tienen mucho. Esa es nuestra tarea de hoy, la que ellos nos legaron, la que nosotros tenemos que abrazar: trabajar por esta causa justa, por el equilibrio armónico entre los distintos estratos sociales de nuestra sociedad.

De esta forma, justificaremos nuestro amor y nuestro reconocimiento al sacrificio que ellos han brindado, por el bien de la Patria y por la grandeza del Pueblo. Nada más, señor presidente (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra la señora diputada Piccinini.

SRA. PICCININI – El 12 de julio de 1852 nace en Buenos Aires Hipólito Yrigoyen, uno de los hombres más enigmáticos y más amado por su pueblo.

Fue uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical, continuando con la tarea iniciada por Alem, después de la trágica muerte de éste. Su sello personal se impone en todas sus gestiones, entregado totalmente a la lucha por los intereses del pueblo.

Fue criticado por pocos y admirado por millones.

Su vida fue una lucha por los derechos y libertades sociales y políticas.

Encabezado por Hipólito Yrigoyen, el Pueblo Argentino entra por primera vez en la Casa de Gobierno en el año 1916, con el triunfo del Radicalismo.

Los años de lucha, revoluciones y levantamientos cívicos, habían quedado atrás.

La meta de Yrigoyen y del radicalismo se había convertido en una gloriosa realidad, el pueblo al poder y la Constitución nacional como único programa de gobierno.

Yrigoyen mantuvo la independencia política de nuestra nación a todo precio, no integrando la sociedad de las naciones, creando Y.P.F. y trabajando para la nacionalización de los yacimientos. El imperialismo organizado no pudo soportar las prácticas democráticas y dirigió todas sus fuerzas para abolirlas, para reemplazarlas por una dictadura con apoyo corporativo, lanzándose a la aventura antipopular y anticonstitucional. Es cierto lo que se dice de que el golpe del 6 de setiembre, olía a petróleo.

Por primera vez el gobierno de Yrigoyen iba a tener mayoría parlamentaria, el día 7 de setiembre se harían las elecciones en las provincias cuyanas, de las que se destacaba surgirían las mayorías que le darían a la Unión Cívica Radical el control del Senado y la posibilidad, entre otras conquistas, de sancionar la nacionalización del petróleo. Hasta ese momento, el Senado había sido manejado por conservadores y antipersonalistas. Con los acontecimientos por venir se iba a afianzar la política de independencia de nuestra Patria y los proyectos de progreso social que dormían en las Cámaras, serían devueltos al pueblo, razón de ser de los mismos.

El golpe del 6 de setiembre, conducido por Uriburu, respondió a un contubernio integrado por los más famosos militares de la época, la prensa comercial, la montaña de grandes intereses y los sectores políticos minoritarios. Todos ellos, escribiría Yrigoyen tiempo después: *“Elementos cuya nota consiste en desconocer la evidencia de todo, como una de las modalidades del espíritu humano, cuando no tiene por sí mismo razón de ser y fundamento representativo en la vida de los pueblos”*.

Quiero expresar con este humilde homenaje a Hipólito Yrigoyen mi profunda fe en la democracia y mi más sentido repudio a todas las llamadas *“Revoluciones Militares”* que sólo han hambreado y ensangrentado a mi pueblo.

Quiero expresar mi convencimiento más sincero de que juntos derrotaremos al enemigo que sigue agazapado y suma uno a uno nuestros errores y ríe feliz frente a nuestros desencuentros. El camino está marcado, Yrigoyen, Alem Perón, Evita, distintos tiempos, distintas ideologías, distintos métodos, el legado es el mismo *“sólo el pueblo en el poder”*. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Mattei.

SR. MATTEI – Señor presidente, señores legisladores: Hace cuarenta años, el general Perón afirmó la necesidad de llegar a una comunidad organizada, porque sólo ella podía llevar al país a un destino de grandeza, y así aumentar el grado de felicidad de los que componen esa comunidad “*los argentinos*”. Y para la realización de la misma deben aunar esfuerzos los trabajadores, los empresarios y todos los sectores de la comunidad argentina, y en especial la armonía debe primar entre el capital y el trabajo, ajustando sus relaciones a reglas más cristianas de convivencia y de respeto entre seres humanos. Y así, considerando que la solución de los problemas sociales no está en seguir la lucha entre el capital y el trabajo porque la misma, como toda lucha, no produce sino destrucción de valores; y teniendo en cuenta que el capital tiene por principal objetivo el bienestar social, el general Perón apoyó de una manera efectiva el progreso y desarrollo del capital nacional y en especial brindó su apoyo al pequeño y mediano empresario, quien fue siempre el que más se perjudicó con las políticas económicas entreguistas de los gobiernos antipopulares de turno.

El general Perón nunca atacó al capital cuando éste estaba al servicio de la comunidad, en armonía con el trabajo, cuando servía a los intereses nacionales.

Por eso hoy, quiero rendir un homenaje a quien supo humanizar al capital, quien lo puso al servicio de la comunidad, quien protegió al obrero con avanzadas leyes social-cristianas, enmarcadas en la Constitución popular y democrática de 1949, pero quien también protegió al empresariado nacional mediante una política de protección a quien quería trabajar en pro de la felicidad y prosperidad del Pueblo Argentino.

Ese general Perón, a quien rendimos hoy homenaje, fue quien hizo posible la paz social mediante la superación, la cooperación y el desarrollo y progreso de todos los sectores de la comunidad. Quien, a contrario de lo que pregonan los interesados imperialismos, demostró concretamente que el capital y el trabajo cuando persiguen fines sociales, pueden convivir pacíficamente en beneficio de todos. Y a la lucha de clases, Perón le opuso la paz y el bienestar de todos, y al odio entre hermanos el general le opuso la armonía y la justicia.

Para terminar, este pequeño homenaje a quien lograra la paz entre quienes se preconizó la lucha, quiero hacerlo con sus propias palabras: *“No habrá hecho en la República Argentina que pueda alterar la paz social mientras la economía sea mantenido inquebrantablemente como sostén de la justicia social, que para mí es superior a todas las demás justicias de la tierra”*. Nada más. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Palmieri.

SR. PALMIERI – Señor presidente, señores legisladores: Voy a rendir homenaje al teniente general Juan Domingo Perón, no sin antes adherir a todos los conceptos vertidos por los diputados de ambas bancadas preopinantes, respecto de los otros dos argentinos que recordamos: el doctor Leandro Alem y el doctor Hipólito Yrigoyen.

El homenaje es a Juan Domingo Perón, al conductor inmortal, ya que desde Perón, somos un pueblo sin incógnitas. Tenemos la certeza de nuestro destino. Pueden pasar los días y los años, puede caer sobre nosotros la adversidad hecha anarquía o tiranía, pueden conjurarse todos los poderes de la tierra, pero nosotros vamos a volver a nuestro rumbo, a la Patria completa, que ha asumido su futuro de semilla de la unidad latinoamericana, de pueblo que ha dejado de ser espectador para ser protagonista de la historia, liberado y libertador, no sujeto a designios ajenos.

Decimos que no está y no es cierto. Cada pregunta actual tiene una respuesta suya, tan actual como el día que la pronunció por primera vez.

Pensó en la Patria que todos sentíamos y nos marcó las pautas para alcanzarlas. Desde que él la pensó, justa, libre y soberana, vive en millones de pechos argentinos, alienta en los planes de millones de artífices de un destino común, ilumina las mentes que están planificando los logros del futuro. No nos falta él, que está con nosotros, en nosotros, nos falta la Patria que él quería y que vamos a construir, a través de tiempo, según sus planes. En eso estamos. Testimoniando la realidad de nuestro destino.

No hay pretexto para equivocarse. Leerlo, escucharlo, meditar lo que hasta ayer no entendíamos, es descorrer los velos del futuro.

El general nos dijo *“el año 2.000 nos encontrará unidos o dominados”*. De haber cumplido el destino marcado por Perón en esa frase, logrando un continente unido en la hermandad frente al colonialismo y la Argentina proyectada ineludiblemente a la tercera posición, otra hubiera sido la historia de la dolorosa guerra de las Malvinas.

La hora de los pueblos que tan claramente definió en su libro no es la hora de la subordinación ante los acreedores de la city. Pongamos de una vez por todas, nuestros relojes en hora y no en la hora del Big Ben de Londres.

También nos advirtió que el destino histórico no se hace con remiendos, con bravatas, con genialidades de laboratorio. Nadie puede realizarse en una nación que no se realiza. Y no se rehabilita una nación que no es libre, que no es dueña de su destino, que depende del visto bueno del Departamento de Estado o del Fondo Monetario Internacional.

No podemos ser pasajeros del mundo. Tenemos que ser tripulantes. Hoy nosotros no tenemos que preguntarnos qué hacer, porque antes que nada tenemos que hacer todo lo que no se hizo de lo planificado por Perón.

El no quiere un pueblo de zombis llorando sobre sus propias calamidades. El primer lema que planteó ante los ojos de un pueblo que nunca pudo hacer nada, que nunca pudo decidir nada, fue: *“Mejor que decir es hacer”*. Y a todos los teorizadoras y a todos los ideólogos los dejó fuera de la realidad con la contundencia histórica de los hechos que todavía perduran en nuestra realidad de hoy.

Cuando llegó de su exilio, desencarnado, nos aconsejó ser sabios, prudentes, firmes y honestos, y nos avisó que nos dejaría y que entonces sí seríamos artífices o culpables de nuestro propio destino.

“Mi único heredero es el pueblo”, afirmó antes de morir, mandato reafirmado hace pocos días por la jefa del Movimiento Nacional Justicialista y presidenta del partido, la compañera Isabel Perón.

Consecuentemente somos todos dueños de una herencia, que no nos podemos dar el lujo de malgastar ni achicar por capricho.

Recordemos que poderosísimas fuerzas acechan nuestro destino, que pretenden agudizar las diferencias que pueden existir, primero entre los peronistas, y luego entre todos los argentinos; este ataque debe encontrar en nosotros, mentes claras, capaces de elevarse sobre la anécdota para mirar con él, con su visión de cóndor, el panorama entero de la Patria y la solución oportuna de sus males.

Mostremos un movimiento unido en sus grandes objetivos, un pueblo consciente de su deber histórico, que no es otro que el logro de la unidad nacional, pero en el único sentido que lo hace posible: la liberación nacional; y Perón seguirá estando junto a nosotros, ganando las batallas con nosotros y conduciéndonos.

Será la luz de nuestras inteligencias y el firme latido de nuestros corazones. Entonces sí, Perón vivirá en nosotros y será para siempre nuestro conductor inmortal.

Estas palabras reflejan el pensamiento de quien habla, de un justicialista en calidad de soldado raso de la revolución justicialista, viendo este hecho que hoy conmemoramos desde el presente.

Pero no puedo dejar de pensar y de expresar el sentimiento, de todos los peronistas y de quien habla en particular, que tuvo aquel 1º de julio de 1974, estando en esas colas de cuadras y cuadras en la Capital Federal para darle el último adiós al cuerpo del general Perón.

Momentos tan trascendentes, tan emotivos, tan caros al sentimiento de todos y para quien habla, quien, a pesar de no contar con muchos años, en aquel entonces era muy joven, no puedo olvidarlas y no encuentro mejores palabras que expresar que las sabias y brillantes que plasmara esa misma noche un gran justicialista, compañero Castiñeira de Dios y que dio en titular Réquiem para Juan Domingo Perón, a las que me voy a permitir reproducir aquí: *“Quienes quieran oír que oigan; quienes quieran seguir que sigan. Mi empresa es alta y clara mi divisa; mi causa, la causa del pueblo: mi guía, la bandera de la Patria. Juan Domingo Perón”*.

La noche tiene el peso de una lágrima inmensa y el color de una pena que jamás conocimos. Hemos quedado solos en medio de esta muerte, como niños perdidos Dios sabe en qué caminos. La pena nos hermana; y al mirarnos los ojos vemos en otros ojos un dolor compartido.

Bajo el aire cruzado de la noche y la lluvia se acongoja en los rostros una angustia sin gritos. Es como si de pronto, bajo el arco del cielo, la Patria se nos fuera muriendo entre los cirios. Todo el color del mundo se arrodilla en nosotros en esta noche oscura del destino argentino.

Hierático en la muerte, como no lo fue en vida, contemple, general, un dolor sin consuelo. Esta ha de ser la gloria que Dios brinda a los justos: merecer en la tierra las lágrimas del Pueblo. ¿Acaso no supimos que su muerte sería como un tajo implacable partiendo en dos el tiempo? ¿o tal vez no quisimos pensar en este instante para cerrar los ojos al designio del Cielo?, ¿o quizás no creímos que Dios lo llevaría, así, desencarnado, como nos fue devuelto? En la noche enlutada tan sólo nos responden, con su idioma cifrado los llantos y el silencio.

Aquí están, nuevamente, las antorchas de octubre, quemándose en el llanto de sus descamisados. Y los héroes del Pueblo, mártires de su causa, vigías imperiosos de su claro mandato.

Y están quienes negaron su divisa y su empresa; y están quienes cercaron su exilio solicitado. Reunidos por su muerte y unidos por la pena, juntos y en una misma soledad hermanados. ¿Cuántos seremos dignos de su vida y su muerte? ¿cuántos seremos fieles a este sueño truncado? La Patria será expectante, como recién nacida, y el destino la mira con sus ojos llagados.

Más allá de su muerte, la Patria es una espera desbordante de enigmas y de augurios poblada. Más allá de su vida, la Patria es un mandato, una lucha creciente y una clara esperanza. ¿Qué haremos sin su guía con esta Patria huérfana? ¿qué haremos sin su rumbo con la Patria acosada? Si la muerte del padre fortalece a los hijos, no habrá maldad del mundo que pueda avasallarla.

Estará para siempre coronada de gloria, más libre en su grandeza, más justa y soberana. ¡Que Dios nos lo demande si cedemos un paso; la Patria es la fatiga de una eterna batalla!

¡Duerma, mi general, en las manos del cielo y en este amor unánime del Pueblo que lo llora! Descanse para siempre después de tanta lucha, de exilios, de amarguras y pruebas dolorosas.

Ha llegado la hora de estar solo y de alzarse como un mástil de fuego sobre el haz de la historia. Ha llegado el momento de ser multiplicado, la causa y el sentido de una lucha gloriosa. Porque fuimos sus fieles seremos sus custodios, unidos por la fuerza vital de su memoria. Porque somos su pueblo seremos su milicia, hasta que rompa el alba de la nueva victoria. Nada más. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Rodrigo.

SR. RODRIGO – Un aspecto de la rica personalidad de don Hipólito Yrigoyen, señor presidente, no evaluado aún en los justicieros homenajes rendidos por los legisladores que me han precedido en el uso de la palabra, es indudablemente su visión latinoamericanista.

El latinoamericanismo no sólo surge de los postulados de la reforma universitaria alentada por el gobierno radical, que desde su Manifiesto Liminar ya expresaba: *“La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América, creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón lo advierten, estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”*.

La historia confirmaría estas palabras, Lima 1919, Cuzco y Chile 1920, México 1921, y más tarde Montevideo, La Habana, Bogotá, Quito, La Paz, retomarían los postulados reformistas recreándolos en su peculiaridad nacional respectiva.

Decía, señor presidente, que el latinoamericanismo no sólo surge de la reforma, sino también de la actitud concreta en la formación de la sociedad de las naciones, la que pretendía que fuera sin exclusiones, y en el hecho de que el acorazado argentino 9 de Julio que regresaba de México, donde había ido a acompañar los restos del embajador de aquel país en la Argentina y Uruguay, el poeta Amado Nervo, al acercarse a la costa dominicana, invadida por el imperialismo norteamericano, saludara con la salva de honor al pabellón dominicano y no al de las tropas de ocupación.

El presidente Raúl Alfonsín, ha señalado desde siempre que tenemos que dejar de ser los carapálidas de América y los soberbios europeos para integrarnos definitivamente con nuestros pueblos hermanos, y prueba de ella ha dado al condenar de inmediato a la asonada militar boliviana y secuestro de su presidente constitucional, don Hernán Siles Suazo, negando incluso la embajada argentina, asilo diplomático a los secuestradores.

Siguiendo el espíritu latinoamericanista y democrático, atendamos estos ejemplos haciendo propicia la oportunidad para expresar nuestro más profundo repudio a los golpes militares contra las repúblicas democráticas americanas y que nos sirva de llamado de atención para volcar todos nuestros esfuerzos en la defensa de nuestra incipiente democracia votada por la casi unanimidad del Pueblo Argentino el 30 de octubre pasado. Nada más. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Rébora.

SR. REBORA – Señor presidente: En la Argentina, en nuestra Patria, en las estrategias políticas condicionadas por el medio físico, orientaron ciertas líneas de poder históricas, las cuales lograron armonizarse durante determinados períodos, chocaron en otros o se desencontraron.

En el intrincado juego de líneas fuerzas, debemos destacar al liberalismo, en sus dos versiones, una concepción materialista y competitiva que era el conservadorismo como expresión política y el radicalismo que, con un planteo reparador, insertaba a la persona en su dimensión integral y trascendente, viniendo de Dios y volviendo a Dios y a la humanidad como fraternidad de naciones. Este liberalismo era solidarista.

Para el movimiento conducido por Yrigoyen, había que reparar a la República e reintegrar la nacionalidad, ésa era su causa, la causa contra el régimen.

En su mensaje del 16 de agosto de 1922, decía Yrigoyen: *“La vida de los pueblos es la fuente natural y sana de donde surgen las grandes orientaciones que determinan el mejoramiento de las sociedades”*.

La reparación, palabra preferida por el radicalismo para definirse programáticamente, lo incluye entre los movimientos políticos destinados a crear, volver a constituir o recomponer lo torcido.

Por ello, señor presidente y señores legisladores, Yrigoyen y hoy nosotros, queremos en el país una profunda renovación de los valores éticos, una reconstitución fundamental de su estructura moral y material, vaciada en el molde de sus virtudes originarias.

El radicalismo muestra desde Yrigoyen, una clara tendencia a teorizar poco y a adoctrinar mucho.

La causa: quería que el progreso del régimen fuera regido por las fuerzas espirituales, que lo físico, lo cuantitativo, fueran instrumentos al servicio del alma, lo cualitativo, lo humano, y no a la inversa.

Frente a las equivocaciones del individualismo positivista y del evolucionismo ateo, aparecía la idea reparadora del humanismo cristiano, como síntesis del bien común.

La filosofía krausista influyó sobre Yrigoyen, pero el caudillo combinaba esta orientación con sus profundas convicciones católicas.

De allí que el krausismo haya diferido de los krausistas españoles que eran partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado, del divorcio, de la enseñanza laica y atea.

El caudillo intuía la esencia, comprendía la ética y la política de Krause, no así su metafísica.

A todo lo manifestado, Yrigoyen agrega un nuevo ingrediente: la idea de la intransigencia, que pasa a ser un carácter esencial en el radicalismo.

Resumiendo, podemos decir que para Yrigoyen no había partido sino causa; no había programa o plan, sino credo, como expresión de fe en el apostolado que él predicaba: la vocación y sobre todo la militancia.

Amaba las tradiciones, a España, instituyó la fiesta de la raza; él mismo se definía como hombre de ciencia y de conciencia y no comprometió jamás ni una ni otra cosa.

Su trabajo fue intenso y remitió proyectos de ley al Congreso, como por ejemplo: ley orgánica de la armada, el 12 de julio de 1918; del ejército, el 1º de agosto de 1918; de creación de la gendarmería nacional, el 28 de enero de 1921; de creación de establecimientos penales, el 26 de julio de 1919; de registro nacional de reincidentes, el 19 de junio de 1918; de creación de la marina mercante nacional, el 11 de diciembre de 1916; de adquisición del ferrocarril del Chubut, el 12 de setiembre de 1922;

Contrato colectivo de trabajo, 19 de mayo de 1919; reglamentación de las asociaciones profesionales, 30 de mayo de 1919; código de trabajo, 6 de junio de 1921 y los de provincialización de La Pampa, 13 de agosto de 1919; Misiones, 19 de agosto de 1919; del Chaco, 20 de setiembre de 1922.

Tuvieron sanción las leyes 10.505 de trabajo a domicilio, la 10.650 de jubilación de empleados y obreros ferroviarios y el 3 de junio de 1922 la creación de la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y la flota petrolera nacional. Su obra ha sido tan extensa y patriótica que es imposible anunciarla en esta sesión especial.

Señores, más allá de los triunfos, fracasos y miserias, la experiencia yrigoyenista renovó a la República, dejando un legado que marcó a fuego futuras generaciones, no para diferenciarnos, sino para unirnos bajo el lábaro sagrado azul y blanco a todos los argentinos. Nada más. (Aplausos prolongados)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Deniz.

SR. DENIZ – Señor presidente, señores legisladores: En esta sesión especial, quiero recordar a un gran argentino, al cual hace escasas horas, se han cumplido cincuenta y un años de su muerte.

No voy a hablar de las obras de gobierno de este ilustre, que fueron muchísimas, quiero recordar al hombre, al espíritu y nobleza que albergaba ese ser humano. Hombre sin ambición personal, pero demasiado ambicioso en sus proyectos para mejorar el sistema de vida de todos los argentinos. ¿Cuántos hombres habrán rechazado una candidatura a presidente de la República? Tal vez muy pocos y uno de ellos fue Hipólito Yrigoyen.

Nació el 12 de julio de 1852 en la ciudad de Buenos Aires, hombre ilustre como argentino, hombre ilustre como radical, muy pocas veces en este país que tenemos, han nacido hombres de la calidad de Yrigoyen.

Co-gobernante de un país que en ese momento muy similar al momento actual, sufría los padecimientos más grandes en materia moral, laboral y social. Gobernó para todos por igual, con capacidad, con humildad y sin prepotencia, fue un caudillo de base porque entendía las bases, porque vivió para las bases y porque sufrió para las bases y lo entendió así, porque nació en un hogar muy humilde.

El 12 de octubre de 1916, acompañado por una multitud jamás vista en esos actos, prestó juramento ante el Congreso. No leyó el habitual mensaje ni ocultó su displicencia en la breve ceremonia legislativa. Al ir a la Casa de Gobierno, el público desenganchó los caballos del carruaje y lo arrastró a pulso con fervorosa devoción.

Señor presidente, señores legisladores: Quisiera recordar algunas de las palabras vertidas por este ilustre: *“Un gran pueblo y un gran jefe no bastan para una gran obra, se necesita una categoría de hombres adoctrinados en el pensamiento del jefe que deben acompañarlo, sin ellos, los hombres providenciales de la Argentina, serán relámpagos en la noche”*.

Años más tarde, al inaugurar el servicio telefónico entre la Argentina y los Estados Unidos, invitado a dirigir un mensaje al presidente Hoover, expresó análogos sentimientos al reafirmar sus evangélicos credos sobre que *“los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos para los pueblos, pues en común concierto se debe reconstruir la labor de los siglos, sobre la base de una cultura y de una civilización más ideal, de más sólida confraternidad y en armonía con los mandatos de la divina providencia”*:

Este ilustre hombre, este ilustre radical ha quedado en el corazón de varios millones de argentinos, todo su esfuerzo, toda su bondad y capacidad han hecho que él, don Hipólito Yrigoyen, no sea en la noche un relámpago más. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Cejas.

SR. CEJAS – Señor presidente, señores legisladores: Los hombres que se han comprometido con el pueblo, sin ninguna duda tienen un lugar ganado en el corazón de todos los componentes de ese pueblo.

Digo estas palabras para homenajear a hombres de la talla de Leandro Alem, Hipólito Yrigoyen y del general Juan Domingo Perón.

Como hombre justicialista quiero rendir un humilde homenaje a quien fue el mentor, a quien fue el indicador de la causa nacional. Sé que en estos momentos de congoja no es fácil hallar las palabras justas para poder interpretar todo nuestro sentimiento, pero de cualquier manera, voy a tratar de decirle a mis compatriotas y a mis compañeros, lo que siente un peronista joven ante la desaparición física de un líder.

Se puede conjugar la tristeza por la desaparición física de un hombre, pero me voy a inclinar para que reine en este recinto y trasunten mis palabras la alegría, la alegría de saber que aquellos hombres, aún después de muertos, trascienden de generación en generación. Ese es el caso del general Perón. La obra del general Perón nace del pueblo, de ese pueblo que lo rescata en las históricas jornadas de 1945.

El abanderado de los pobres, de los humildes, de los cabecitas negras, trascienden su mensaje y llega hasta nuestros días y hace que muchos de nosotros, también representantes de los más humildes, hoy ocupemos una banca.

Eso hace, señor presidente y señores legisladores, que cada vez seamos más responsables del lugar que nos toca ocupar. Ante las decisiones que podamos tomar los hombres de nuestros días, está el mirar hacia atrás, muchas veces, para no reincidir en errores que han dividido a los argentinos, pero está, fundamentalmente, el levantar nuestras miradas hacia el horizonte y ver que podemos, si queremos, sacar a nuestra querida Patria del momento de crisis en que estamos viviendo. Por eso trato de conjugar a estos hombres porque representan el sentir de un pueblo. Por eso les digo: ¡Adelante radicales con Alem, con Yrigoyen, con Balbín, con Illia, con Alfonsín! Por eso les digo a mis compañeros ¡Adelante muchachos peronistas con Perón y con Evita, pero fundamentalmente argentinos, les pido que todos unidos detrás de nuestra bandera celeste y blanca, dejemos las cosas chicas de la política para internarnos en el corazón de las cosas grandes,

de las realizaciones grandes de nuestra Patria, para que de una vez y definitivamente, podamos decir todos los argentinos, que nuestra Patria está de pie, que los hombres que tenemos la responsabilidad de la conducción del gobierno, de la oposición, estamos por encima de las chicanas y estamos en las cosas grandes que necesita nuestra Patria; de no ser así, solamente palabras alegóricas habremos dicho a nuestros próceres: llegó el momento de los hechos. Esos hechos, señor presidente y señores legisladores, tenemos que demostrarlos día a día, con nuestro trabajo, con nuestra responsabilidad, no hace falta borrar rótulos, los hombres a quienes homenajeamos representan el sentir popular, y quienes ocupamos estas bancas, representamos el sentir popular y somos los canales lógicos por los cuales el pueblo –la mayoría y las minorías- pueden expresarse.

Pido y exhorto a todos los argentinos, por sobre las ideas partidarias, a que de una vez por todas trabajemos en común, porque de esta manera habremos rendido nuestro más sentido y caro homenaje a nuestros próceres.

Es un desafío para todos y lo planteo hoy aquí: las generaciones que vendrán serán quienes juzgarán nuestras actitudes, pero de una cosa estoy seguro, que si nos ponemos a trabajar en serio, nuestra querida Patria volverá a ser grande, soberana e independiente. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Ichazo.

SR. ICHAZO – Señor presidente, señores legisladores: El 1º de julio de 1974, desapareció físicamente uno de los grandes hombres de la historia argentina, el presidente de todos los argentinos, el teniente general Juan Domingo Perón. Desapareció, pero nos quedan las banderas que nos legó junto con la compañera Evita, esas banderas que no tienen más dueños que el pueblo.

El general luchó hasta el último momento de su vida por la unión de todos los argentinos, luchó por la justicia social, hoy tan proclamada, pero muy pocas veces ejecutada, luchó por la independencia económica, hoy tan en peligro.

Este homenaje lo rinden, por mi intermedio, los sacrificados y sufridos pobladores de la Línea Sur, que hoy se debaten por el frío y el hambre en las distintas localidades de nuestra provincia que, a pesar de esa desgracia que padecen, su corazón está latiendo junto con ese fervor peronista y gritan con todas las fuerzas que les queda: “*Qué falta que nos hacés, Perón*”. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) - Tiene la palabra el señor diputado Carrasco.

SR. CARRASCO – Señor presidente, señores legisladores: Hoy, 3 de julio, se cumple un nuevo aniversario de la desaparición física del doctor Hipólito Yrigoyen. El doctor Yrigoyen, continuando la obra de su tío, el doctor Leandro Alem, no sólo fue el conductor del radicalismo sino que lo llevó al gran triunfo electoral del 16.

Allí, por primera vez en la historia, el pueblo accede al poder.

El mejor homenaje que se le puede tributar a Hipólito Yrigoyen, sería que la llamada ley Saenz Peña, llevara su nombre, ya que el radicalismo con Yrigoyen a la cabeza, es quien la arranca de los gobiernos conservadores. Y la arranca –digo- manteniéndose en la abstención, y de cuando en cuando organizando una revolución cívico militar, pero siempre luchando por los derechos civiles y políticos de todo el pueblo, hasta conseguir su plena vigencia.

Luego viene la noche negra del 6 de setiembre de 1930, la década infame y tantas otras circunstancias en la vida de la República.

Hasta que surge otro caudillo que interpreta una nueva realidad histórica, como la emigración de los pobladores del campo y del interior hacia la capital y levanta las banderas de la justicia social ya esbozadas por Yrigoyen en sus dos períodos presidenciales.

Vaya, entonces, la adhesión del bloque de legisladores de la Unión Cívica Radical, a los homenajes que se le rinden al presidente don Juan Domingo Perón, por haberse cumplido el 1º de julio, el décimo aniversario de su fallecimiento.

Ahora, como bien dice el presidente de todos, el doctor Raúl Ricardo Alfonsín, asistimos al nacimiento del tercer movimiento nacional, o a la tercera etapa de un mismo movimiento histórico: Primero fue la Unión Cívica Radical de Hipólito Yrigoyen que luchó con denuedo por la libertad y los derechos civiles y políticos de los argentinos. Luego fue el entonces coronel Perón, que logra afianzar la justicia social, descuidando un poco, quizás, la libertad.

Y ahora debemos levantar juntas las dos banderas: La libertad y la justicia social, ya que no puede haber justicia sin libertad, y la libertad sin justicia social, es la libertad del zorro libre en el gallinero libre donde puede comerse con absoluta libertad a las gallinas libres.

Forjemos la unidad nacional, cumplamos el mandato de nuestros grandes fundadores, tributemos el mejor homenaje a Alem, Yrigoyen y Perón, afiancemos la democracia y la libertad, la plena vigencia de los derechos civiles y políticos, la justicia social, la independencia económica y la soberanía de nuestra Patria, para así poder cobijar a la sombra de nuestra bandera a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino. Nada más, señor presidente. (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra)

SR. PRESIDENTE (Yriarte) – Presidencia se hace un deber agradecer a los señores funcionarios que han tenido la deferencia de acompañarnos en estos homenajes y también al señor ex gobernador de la provincia de Río Negro, señor Emilio Belenguer. como así a toda la concurrencia.

No habiendo más pedidos de uso de la palabra, se levanta la sesión.

-Eran las 18 y 30 horas.

JOSE ALBERTO CAMPOS GUTIERREZ
Jefe del Cuerpo de Taquígrafos
Legislatura de Río Negro